

HORMIGUITAS

Germán E. Pettoello*

Arcadio Pomba despertó un día con un extraño ardor en su antebrazo izquierdo. Algo lo había picado, o mordido, no le afectaba demasiado pero lo incomodaba. Con el transcurrir del día, el ardor tomó forma de roncha sobre su piel, una pequeña protuberancia colorada con una punta blanca y acuosa. Arcadio prefirió ocultarla, que nadie viera esa roncha, pero aún debajo de la camisa lo inquietaba, se rascó, no frenéticamente pero cada vez que pudo.

Al caer la tarde las obligaciones y el cansancio hicieron que Arcadio olvidara su pequeño problema, pero el ardor lo asaltó de pronto mientras leía placidamente, ya no lo soportó se rascó feroz, se mordió y la erupción despidió su ponzoña mínima; limpió la zona con alcohol y la vendó, había sangrado un poco y sentía algo de dolor, no gran cosa.

– Mejor prevenir. – Pensó.

A la mañana siguiente se levantó de buen humor hasta que descubrió aquel ardor, el de ayer, otra vez, ahora eran dos, una muy cerca de la otra aunque alejadas de la anterior.

– Puede no tratarse de lo mismo. – Se dijo.

Se equivocó, otra vez los dos bultos, enrojecieron y crecieron y ardieron y quemaron y Arcadio los rascó, los raspó, los mordió y escupió su ponzoña mínima; desinfectó y cubrió la zona, ningún cuidado está de más.

Al otro día despertó sobresaltado, pero tras meticulosa revisión no halló marcas nuevas, respiró aliviado. Era una mañana soleada así que decidió caminar hasta el trabajo. Mientras recorría el trayecto hasta la oficina Arcadio sintió un pinchazo en el cuello, cerca de la base de la nuca; certero aplastó al responsable y con los dedos índice y pulgar atrapó algo minúsculo que se fugaba.

Aún viva, revoleaba las patitas frenética e irreverente, agresiva blandía sus pinzas, Arcadio Pomba agudizó la vista y acercó a la prisionera para reconocerla, creyó oír vocingleras amenazas.

* Escritor argentino.

– Imposible. – Razonó, se río de sí mismo.

Mientras discernía que hacer, el ardor en el cuello se hizo más y más fuerte, así que mientras con una mano buscaba a tientas el epicentro de la quemazón, con la otra aplastó sin piedad a la diminuta enemiga.

El resto del día Arcadio trató de disimular el ardor, se escondió para rascarse rabiosamente y en todo momento procuró prevenir otro ataque. Ya de vuelta en su casa se pudo rascar a gusto, este nuevo eritema le resultaba mucho más grande que los anteriores, por lo menos menos al tacto parecía enorme y como no tenía manera de verse la incertidumbre agrandaba aún más el bulto. Arcadio buscó en su botiquín algún producto para calmar el ardor pero no encontró nada. El sueño lo alcanzó mientras trataba de ignorar la quemazón que la picadura le provocaba.

A la mañana siguiente las cosas no mejoraron, las ronchas eran varias, en pecho y espalda, mientras desayunaba atrapó más hormigas que intentaban picarlo. En el trabajo capturó a una que se había colado a través del zapato y la media, martirizándolo, mordiéndole el tobillo.

Esa tarde, de vuelta en su casa, comenzó a buscar desesperado el rastro de las hormigas, al principio encontró algunas en la cocina cerca del azúcar y otras en la basura, un pequeño grupo se había reunido junto un caramelo debajo de la cama. Una a una las mató. Aplastó a las primeras y roció con un veneno recién adquirido a las últimas, después esparció más venenos que publicitaban su acción residual, imperecedera, casi persecutoria de las alimañas. Esa noche durmió tranquilo.

Ya no hubo malas mañanas, aunque Arcadio las hubiese preferido. En la madrugada, en el medio del profundo sueño que había logrado alcanzar uno de esos arteros insectos lo picó en el lóbulo de la oreja derecha. Arcadio Pomba se despertó confundido, en la oscuridad de su cuarto el ardor en su oído fue creciendo a medida que entraba en razones, ante el espejo, la afrenta de esa equimosis colorada que le deformaba la oreja fue intolerable, gritó, pateó, puteó. Agotado, Arcadio se desplomó en su cama rendido y fue entonces cuando las vió, primero pensó que se trataba de una grieta en el techo pero enseguida comprobó que la grieta estaba viva, se movía, sobresaltado se paró sobre la cama para observar de cerca y lo confirmó, eran ellas, seguras, perseverantes, ordenadas, marchando imperturbables miles de hormigas atravesaban el techo de su habitación. Decidió no desesperar; calmo buscó el rastro y lo siguió hasta la medianera sur de su propiedad, no le pareció correcto aventurarse en la madrugada hasta la casa de una vecina solo para seguir una marcha de hormigas, no hubiese sido una explicación convincente ante las autoridades.

Ya no durmió, ni trabajó.

Esa misma mañana siguió el rastro hasta el confín de la casa de su vecina, más allá del límite sur de su propiedad y allí las encontró, miles tal vez millones de hormigas congregadas en el parque de aquella casa contigua.

Durante la tarde las hormigas hostilizaron a Arcadio Pomba, vengativas invadieron su casa, estaban por todas partes, cualquier intento por reprimirlas era inútil.

Ya no durmió, ni trabajó.

Un día más pasó en aquel infierno, mientras desayunaba Arcadio Pomba bebió hormigas, algunas de las tantas se habían deslizado hasta su taza de te y de allí hasta su boca y su lengua, lo picaron y sintió ese ardor horrible, amargo y doloroso, las ronchas de la boca se volvieron llagas pero no le molestaban más que las de las bolas. Estaban en la ropa, y en la comida había, hormigas por todas partes.

Ahora algo lo picaba a Arcadio desde dentro.

– ¿Por qué mi vecina no hace algo con sus hormigas? – Se preguntó, y esa duda aunque al principio lo llenaba de indignación con la repetición se fue transformando en un antídoto maravilloso para el ardor y la quemazón que las ronchas le provocaban, así que comenzó preguntárselo sin cesar y entonces comprendió, fue un pensamiento claro, Arcadio sintió que había sido iluminado por la razón.

– El que debe hacer algo soy yo. – Dijo y se dio varios discursos sobre la desidia, sobre como a veces es necesario que los hombres tomen los asuntos en sus manos y resuelvan los problemas por sí mismos sin esperar que otros se ocupen y cuestiones por el estilo.

Ese mismo día Arcadio Pomba se presentó en casa de su vecina y le explicó con firmeza porque ella y sus hormigas debían abandonar el barrio, en varias oportunidades mientras hablaba, debió sacarse hormigas de la boca antes de completar sus frases.

La mujer atendió bastante consternada a aquel hombre que no dejaba de rascarse, acordó con él en que las hormigas eran un problema pero lamentablemente no coincidía en la solución.

Arcadio dejó la casa de su vecina bastante disconforme pero estaba convencido, debía solucionar el problema.

Ese mismo día escribió varias cartas a distintos miembros del gobierno, con cortesía pero con firmeza expuso sus motivos y propuso que su vecina fuera reubicada a fin de dar solución a tan urgente asunto. Nadie le contestó.

Finalmente, una mañana, Arcadio Pomba regresó a su trabajo, algunos compañeros lo consultaron sobre su aspecto desmejorado.

– Conflictos con una vecina. – Explicó.

Estaba visiblemente deteriorado, a excepción de algunas partes de sus párpados y nariz el resto de su cuerpo estaba cubierto de erupciones ponzoñosas, constantemente atrapaba hormigas y las aplastaba entre sus dedos índice y pulgar, aunque a veces aplastara la nada.

Arcadio decidió que aquello que distaba mucho de ser una vida, volvió a sermonearse sobre autocompasión, desidia, fuerza de voluntad y otros temas que lo envalentonaron. Era hora de poner fin a la cuestión. Tomó un bidón de combustible y escrupulosamente siguió el rastro de hormigas hasta la casa de su vecina; cuando cruzó la medianera tenía tantas hormigas encima que parecían brotarle de su interior, Arcadio no se distrajo roció con combustible todo y le prendió fuego.

Afortunadamente la mujer no estaba dentro de la casa pero regresó justo a tiempo para ver como ardía hasta las cenizas. A un lado Arcadio Pomba observaba su obra y sentía como el ardor de su piel se calmaba a cada momento, confirmó que tenía razón, todo era culpa de aquella mujer, y nadie más que él lo veía.

Si Arcadio hubiese buscado con más detenimiento habría comprobado que la marcha de hormigas continuaba más allá de la casa de su vecina, recorría toda la ciudad y regresaba a su propia casa, ¿acaso podemos culparlo por su descuido?

A la mañana siguiente aquella mujer fue a las ruinas de su casa y de entre las cenizas rescató una foto de su infancia, ella, una niña inocente, saltaba la sogá con la fachada, ahora inexistente, de fondo, se emocionó y fue entonces cuando sintió ese pinchazo en el cuello cerca de la base de la nuca, rápido manoteó y mientras comprobaba que se trataba de una diminuta hormiga, un ardor horrible comenzó a quemarle la piel, aplastó al insecto y se deshizo de él; entonces la vio, una delgada y decidida fila de hormigas que marchaba desde el terreno de Arcadio Pomba hasta los vestigios de su casa.

– ¿Tal vez las hormigas realmente son un grave problema? – Pensó.